

REVISTA SALMANTINA.



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

CIENCIAS MATEMATICAS.

DE LA CUADRATURA DEL CIRCULO.

Nada mas sorprendente, que la maravillosa constancia, con que los geómetras, desde la mas remota antigüedad hasta los tiempos que alcanzamos, se han ocupado de la resolucion de ciertos problemas: la *triseccion del ángulo*, la *duplicacion del cubo*, y la *cuadratura del circulo* han agotado las fuerzas de su ingenio durante un espacio de mas de dos mil años. La bazarria con que una brillante mitología nos presenta su historia, los esfuerzos atleticos de tantas generaciones, la importancia que se les ha concedido, y las observaciones á que muchas veces han conducido al espíritu humano han dado á estos problemas una justa celebridad.

Ninguno de los tres es resoluble geométricamente; esto es, con solo el auxilio

de la regla y del compas. Para la resolucion de los dos primeros se ha necesitado, que el genio de Descartes aplicase la palanca poderosa del cálculo á las cuestiones de la geometria; mientras que el tercero, que es el objeto del presente artículo, no se ha resuelto aun: ó mas bien, se ha demostrado, que su resolucion exacta es una cosa imposible.

Cuadrar un circulo es formar un cuadrado, cuya área sea equivalente á la del circulo. Si supieramos rectificar la circunferencia, el lado del cuadrado quedaria determinado buscando una media proporcional entre la mitad de la circunferencia rectificada y el radio. Y como esta linea se rectificaría conociendo su relacion con el diámetro; relacion, que por otra parte se demuestra, que es una cantidad constante, vé aqui porque, los esfuerzos de los geómetras se han dirigido á determinar esta cantidad.

Arquimedes es el primero que nos ha

dado un valor aprocsimado de esta relacion. Inscribiendo y circunscribiendo á un círculo un polígono de 96 lados, ha demostrado, que la circunferencia, siendo mayor que el perímetro del polígono inscrito, y menor que el de el circunscrito, vale menos que 3 y $10/70$, y mas que 3 y $10/71$, el diámetro siendo igual á la unidad; la cantidad 3 y $10/70$, que dá la famosa relacion 7 es á 22 , espresa el valor de la circunferencia en menos $1/497$ de su diámetro.

Mucho tiempo despues el célebre Adrian Metius encontró otra relacion muchisimo mas aproximada; esta es la de 113 á 355 , que dá el valor de la circunferencia con un error menor que $0,000\ 000\ 5$.

En el dia se demuestra, que el radio siendo igual á 1 , la semicircunferencia vale $3,1415926535... \&c.$ hasta 155 guarismos decimales exactos. Esta aproximacion es mas que suficiente para todas las necesidades de la ciencia: puede por consiguiente mirarse el problema como resuelto.

En el siglo 17 Wren, Brouncker, Huygens y Neil consiguieron cuadrar diferentes áreas curvilíneas; y Mercator y Newton resolvieron el problema de una manera general y trascendente. Pero despues del inmenso paso que el descubrimiento del cálculo infinitesimal, ha dado á la ciencia de los números, todos los métodos particulares han sido remplazados por uno general tan simple como elegante.

Este método aplicado á la cuadratura del círculo deja la dificultad en pie; porque hace depender su cuadratura de la rectificacion de la circunferencia.

Lambert y Legendre demostrando la incomensurabilidad entre la circunferencia y el diámetro, nos han enseñado la imposibilidad absoluta de espresar esta relacion por dos números enteros. En el dia tambien sabemos, que es imposible espresarla por un número irracional simple, ni por una combinacion de números irracionales capaz de poderse construir numérica ni geoméricamente.

En la actualidad solo se ocupan de la cuadratura del círculo los que desconocen la ciencia de Euclides.

GERÓNIMO VAZQUEZ,

CONVERSACION DE MASCARAS.

CAPRICHIO FANTÁSTICO.

El salon parece un Océano de luz y de ruido; inmensidad de figuras giran, vuelven, cruzan, tropiezan, *se enganchan*.... ¿Qué es esto? ¿se han descompuesto los elementos del caos? ¿son acaso los torbellinos de *Descartes*? ¿es una *ronda del Sabado*?... No: es la gente cuerda del mundo que se regocija porque un dia al año suelta el peso de *la razon*, y se disfraza y pone careta para decir *la verdad*. Oh! si: *la verdad* pocas veces puede andar á cara descubierta, y es mucho beneficio, porque si nos quitáran lo que tenemos de fingido y falso ¿qué quedaba del hombre?.... Pero ¡vive Dios! que estoy metafísico. Fuera de mí pensamientos importunos; el vagel se acerca: á dentro!..

—Tus ojos son bellos, encubierta niña, flotan tus rizos como nubes de gasa, oscila tu cuerpo cual flexible palma... llega... voy á descubrirte mis sentimientos... Una confidencia pronunciada junto á un rostro lindo, debe despedir raudales de poesía...

—No soy amiga de coplas... quieres divertirme á mi costa....: y la Silfide desaparece enlazada á un mancheguito grueso de patitas cortas.

—Y tu, gentil y esvelta como las estatuas griegas.....

La ninfa se acerca y habla; oigo una especie de gruñido comparable solo á lo incivil de las palabras; bajo los ojos, y por el entreabierto vestido, veo..... me acerco mas y aspiro.... una oleada me lleva, y marchó repitiendo mentalmente los versos de Espronceda....

El poeta ha perdido una ilusion porque ha visto á la dama *no se qué* y en un callo le han dado un pisoton.

No soy feliz en mis exploraciones; la corriente me orilla al fin, y junto á una columna quedo como *los Santos de Francia*; cuya figura debe ser muy mediana si á la mia se asemeja.

En esto un vestido blanco y un capuchon de color de rosa se aproximan; una mano cubierta de perfumado guante coge la mia... (si dando el pié cogemos la mano, figuraos dando la mano, lo que queremos coger), y una voz de timbre tan dulce como una Campana de oro (el oro es muy dulce!) pronunció *te conozco*.

—Lo siento en verdad.

—Y por qué, me replicó la máscara con acento algo ofendido.

—Porque si *conocerse á sí mismo* es el colmo de la sabiduría, según dijo un antiguo cuyo nombre no me importa, *ser conocido de otros* es la calamidad mas grande en este mundo en que todo lo conocido se explota. ¿Quieres saber mi opinion en la materia?... pues te la diré sin rodeos, porque esta noche estoy muy propenso á hacer confesiones: la ciencia que en el mundo vale, por la que en el mundo se medra, y la que los Santos del mundo aplauden y practican, se reduce á *conocer á los demas permaneciendo insondable para ellos*.

—Y todo á fin de engañarlos ¿no es cierto?

—Y de no ser engañado, amiga mia. El hombre de bien debe adiestrarse en la esgrima para estar á la defensiva.

—Veo que tus palabras salen destilando mal humor; estás siendo un anacronismo vivo, un *Miércoles de Ceniza* trasladado al *Domingo de Carnaval*: no extrañes pues que te dege abandonado á tus memorias de *ultratumba*.

—¡Otro nuevo desengaño! y yo que creia haber encontrado en ti una muger... superior al *vulgo de las mugeres*! El brillo de tus ojos semejante á la blanda y trémula irradiación de las estrellas, tu voz llena de armonía, la atmósfera aromática que te rodea...

—Pues mira, no traigo amizcle, ni...

—Dios mio! entonces no estaria yo hablandote. El amizcle es tan plebeyo.... el aroma que tu exalas es suave y aristocrático como el del Sándalo...

—Aristocrático!.... solo eso faltaba.... ¿con que eres aristócrata?...

—Y solo eso faltaba tambien, que tu fueses *politica*!.... pero me esplicaré: tra-

tándose de *belleza y de virtud* soy aristócrata.... estoy por *lo mas grande*. Mas degeamos esta conversacion. ¿Quieres ayudarme á conocer la turba que nos rodea?

—No tengo reparo: casualmente soy *magnetizadora*, y puedo hacerte ver hasta lo mas escondido que cada persona encierra.

—Magnetizadora! oh! bien lo voy conociendo.

—Si: quieres que empiece á adormecerte?

—Y tu dormirás conmigo?

—No: yo tengo que quedar despierta.

—Pues entonces, dejame tambien bastante despierto para poder contemplarte.

Dicen que para magnetizar se dan *pasas, refregones*, y otros *juegos de manos*: mi desconocida no empleó tales medios... ¿no sabeis, lectores, como magnetizan las mugeres bellas?...

—Vas á conocer los pensamientos, pasiones, &c. de todos.

—Ah! te ruego que hagas abstraccion de los hombres; el enigma de la muger es el que deseo descifrar.

—Bien. Mira!

—Qué es esto?... Vanidad, interés, falsas promesas, juramentos violados, fidelidad vendida, envidia, hipocresia.... ¡Y por mas que hago no puedo dejar de verlo! amiga mia, cierrame los ojos antes de que pase ante ellos alguna persona que me interese.

—Pues ahora iba á empezar el lado bueno: asi son los filósofos y los observadores!... Lo mismo pasó á cierto amigo que yo conozco; *vió mal y á medias*, y luego ha salido anunciando los tiempos apocalípticos, la venida del antecristo y otras cosas asi.

—Tienes razon, pero renuncio á conocer el mundo de los espíritus... La materia no ofrecerá tamañas deformidades.... ¡huf! ¿Con qué no es realidad tanta *belleza*? con que tambien hay corcobas y almohadillas y... y... y... Tampoco quiero ver... lo feo me desilusiona... lo bello me hace daño... Basta: solo anhelo ya contemplar la corteza de la materia, el vestido.... ¡Ola! vamos analizando... camisolines, corbatas, chalecos, chaquetas,

gabanes, pantalones, botas, capa, sombrero... oye! somos nosotros, los hombres, los que usamos enaguas y zagalejo?

—No, es un *golpe de Estado* que preparamos... desde mucho tiempo venimos ejerciendo el poder absoluto sobre vosotros, que os dabais por satisfechos con las formas representativas de vuestros pantalones y levitas: ahora os tenemos ya bien amansados y queremos suprimirlas.

—Pero las barbas no podeis quitarnoslas, y bien sabes que Mistres Bloomer, autora de tan maquiavelico plan, ha tenido que *volverse á las espaldas*.

La ira pudo mas que el encanto: desperté y no hallé á mi maga, solo descubri á lo lejos su linda mano que me hacia un cariñoso saludo.

Fué un ensueño lo que vi
en mi loco devaneo?
Fué verdad lo que fingí?
Es mentira lo que veo?
.....

Andaba á caza de una moralidad para concluir mi cuento; mas no la hallo á mano: mejor es que la busqueis vosotros.

P. D. Iba á firmar, pero he recordado que es tiempo de enmascararse.

ODA

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

¿Qué inusitado estruendo
Del aire vago la region atruena?
¿Qué grito universal la esfera llena
Hasta el trono del sol rauda subiendo?
Horrisonos rugiendo
Retumban los flamígeros cañones,
Y al viento desplegados cien pendones,
Del Manzanares las modestas olas,
Al son de blando y regalado arrullo,
Los retratan en vagas aureolas.
¿Qué insólito murmullo

Al pié del regio alcazar mantuano
Se eleva en alegría reverente?...
Y de ventura el corazon inunda
De la augusta matrona, que ferviente
Aclama osada la española gente
Cual Isabel primera *la segunda*.

¡Oh! sí, tornó la aurora,
Y no en fugaz relámpago engañoso (*)
Que aun mi espíritu llora:
Hoy la luz creadora
Que reverbera desde claro oriente
Es el ansiado nuncio de ventura
Que á la alta España augura
Un porvenir de gloria refulgente.
¡Oh matrona real! alza la frente,
Que ese insólito estruendo
Que gira en torno del palacio augusto,
Es el tributo justo,
Que á esa inocente, celestial paloma
Que entre las regias púrpuras asoma,
Rinde un pueblo leal en su entusiasmo;
Con respetuoso pasmo
La saluda, la ve, calla, la admira,
Y ya colmado su incesante anhelo
El aura grata de placer respira
Y acata el dón que nos prodiga el cielo.

Cesaron ya, cesaron
Aquellos de dolor fúnebres dias,
Cuando al són de las bélicas alarmas,
Empuñando las armas
En las lides impias,
El español con fratricida mano
Regaba el polvo vano
Con las olas sombrías
De la sangre infeliz del muerto hermano,
Hoy á tu augusta sombra
El pueblo que te alzó sobre su escudo
Con reverente adoracion te nombra.
Y á su leal saludo,
Del dolor maternal ya recobrada,
Le contestas con plácida sonrisa
Cual al blando murmullo de la brisa
Brilla la clara aurora enamorada.

¡Sonrisa celestial! ella revela
El plácido contento,
De la gentil matrona,
Y ya la nueva venturosa vuela
En las alas del viento
Del yerto polo á la encendida zona.
La gloriosa corona
Del tercero católico Fernando
Que orló la imperial sien de Carlos quinto:
Desde el regio recinto
Nuevo brillo exhalando,
Cuál astro rutilante,
Del sol ofusca el rayo centellante.

(*) Alude al malogrado Principe de Asturias.

Le ofusca, sí, que el trono soberano
De la vasta española monarquía
Hoy se ostenta mas fuerte,
En medio de la impía
Discordia universal que á otras naciones
De luto cubre, de horfandad y muerte.
Para él siempre fué inerte
De la anarquía la funesta espada,
Deshecha, derrocada
Ante él cayo, cual átomo mezquino
A impulso del pujante torbellino.

¡Oh Reina! ¡Oh Reina Augusta!
Si el ceño viste en tu niñez primera
De la fortuna adusta:
Si la tormenta fiera
Escuchaste rugir en torvos sonos:
Al fin de la alta esfera
Huyeron los funestos aquilones,
Y del radiante sol la altiva lumbre,
Desde la etérea cumbre,
Ilumina tu frente, cuál emblema
De la serena paz que el alto cielo
Envía á nuestro suelo
A la gloriosa luz de tu diadema.

¡Oh! que esa flor que ahora
Se alza esperando el venturoso rayo,
De la primer aurora
Del perfumado mayo:
Brille cual tú, lucero rutilante
De virtudes sublimes,
Con tu ejemplo constante
Su tierno corazón formes y animes;
Y si ella un día, de la hispana gente,
Fuese Reina también, dila Señora:
«Sigue mi ejemplo fiel, hija inocente,
Y te amará ese pueblo reverente
Que hoy sincero y leal mi nombre adora.»

¡Lo adora! Si un sacrílego asesino
Levantó su puñal contra tu pecho,
Cual altivo león ruge iracundo;
Si una víbora horrible hirió su planta,
Tu pueblo audaz con grito poderoso
Universal clamor fiero levanta.
El crimen vil le espanta
Y vuela presuroso
Ante las gradas de tu trono augusto;
¿No ves su ceño adusto?
Venganza pide, y con hidalgo pecho.
Vá á ofrecerte su audacia no domada.
Por él siempre escudada
Serás, oye su voz, él te saluda.
Tal el brío viento,
Tras la tormenta ruda
En las cumbres del alto Guadarrama,
Al ver de nuevo el sol resplandeciente
En himnos mil lo aclama
Y ante la luz gloriosa que derrama
Lo adora y rinde la pujante frente.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

DEBAJO DE LOS NARANJOS.

En vez de Amor, Amistad.

CARTA CUARTA.

Querido: me dices hoy que has recibido mis dos primeras, y que va interesándote la ninfa de los naranjos. Estás fresco de sobra, cuando solo te interesa y no te causa admiración!—Sigue escribiéndome, añades, y no me reserves nada: que tus cartas sean la traducción de tu vida, que esa traducción es la verdadera poesía humana.—Ya te entiendo; y luego que entiendas tú el por qué relato este episodio de mi vida, te quedarás...—Cómo? —Tu me lo dirás al fin; y á Angela vuelvo.

Era preciso la hubieras oído la confesión que te relacioné en mi última, para que formases idea de la verdadera oratoria. No extraño ya, que preguntando á Demostenes, cual debia ser la primera cualidad del orador, digese: La acción.—Y la segunda?—La acción.—Y la tercera?—La acción.

Si hubieras visto la gracia y la nobleza de sus movimientos, la expresión de su fisonomía, la tristeza de su figura, la modestia de sus miradas... Si hubieras escuchado el timbre de su voz flexible y sonora; si hubieras presenciado la facilidad con que brotaban las ideas de un foco de calor, de luz, de inspiración, como lo es su alma divina, estoy seguro que de un brinco te hubieras elevado como yo á la omnipotencia del Altísimo.—Que quieres decir con eso?—Escucha: Te acuerdas cuando sentados en una de nuestras colinas contemplábamos las armonías de la naturaleza; cuando reparábamos como circunvalaban las nubes los altos picos de las sierras, como se esparcían la luz y las sombras por los sosegados valles, y el suave rocío bajaba entonando una especie de himno al Todopoderoso? ¿Te acuerdas que al sentir el encanto de tantas bellezas, esclamábamos estasiados, «esta maravillosa obra atestigua á un gran

arquitecto? Pues bien; la contemplación de tantas armonías no igualaba ni con mucho la magestuosa figura de Angela relatando sus íntimos pensamientos. No me vengas con la vulgaridad de que exagero, que voy al instante á convencerte.

Escucha: las armonías que mas conmueven, no son las que solo tocan á la imaginación, sino aquellas que por secretas afinidades ayudan la concepción, iluminan la inteligencia. Las armonías espirituales que se compasan con los pensamientos que varían con ellas, tomando todos sus tonos, todas sus modulaciones: las que recorriendo el diapason infinito de la inteligencia presentan una idea bajo mil modos. Rápida é impetuosa un instante; sosegada y lenta otro; limpia y transparente unas veces; sombría y lúgubre en otras, y en todas, querido, en todas bajo la rienda del deber honesto y puro... Dime por Dios, dime si exageraba al asegurarte que la elocuencia de Angela, fué para mí como la escala de Jacob que me permitió subir á la contemplación del Altísimo!

A los ateos, á los escépticos, á los sensualistas todos presentaría yo á Angela y les diría: «descifrad ese enigma por vuestras insipidas teorías.» Y ahora recuerdo, querido mío, qué papel tan ignominioso hubiera yo representado ante Angela si todavía fuera un creyente de las doctrinas de Condillas, de Benthan, de Damiron y comparsa.

Perdon te pido por la desproporción de este exordio: voy á enmendarme y á añadir voy la interrumpida conversación con Angela.

Te digo que concluyó su confesión con exigirme la mía: no te digo sin duda el apuro en que me puso, y del que no acertaba á salir. Viéndome tan parado...

—¿Qué dices? ¿No te atreves á espresar tus sentimientos?

—En verdad, Angela, que no me atrevo á confesarme sin un detenido exámen de conciencia. Tú registras la tuya con sola una mirada; es por que en ella no hay la oscuridad que en la mía. Dame tiempo...

—Cuánto?—Hasta mañana, que al des-

pertar la aurora vayamos á pasear á la fuente de los naranjos. Hoi hablaremos de otra cualquier cosa; lo que mas deseo es oír á Dionisia la esplicación de su receta.

—Pues no dejarás de reírte.

En esto sonó la voz de la anciana: Angela, hija, ¿dónde estás? Entró toda enlutada; cubierta con una mantellina larga y un gran rosario en la mano. La abracé al momento y la digo: ¿de dónde viene V.?—De la iglesia; de rezar á nuestra Señora de los Dolores. No ha reparado V. que efigie tan hermosa tenemos?

—Por repararla tanto, decia Dionisia, que si seria yo de los brujos...

—Es algo loquilla; pero mire V., tiene un gran corazón... Voy á quitarme esta ropa... Y nos dejó solos.

—Para que puedas explicar á Dionisia por qué reparé tanto en vuestra Dolorosa voy á decirte, Angela, la idea que me ocurrió esta mañana en la iglesia. En la del convento de Franciscos de mi pueblo, habia una Dolorosa idéntica á la vuestra. Era la confidenta, la íntima de mi pobre madre, tan piadosa y tan santa como la tuya. Llevábame todos los dias á misa mayor, cuando podia yo contar de cinco á seis años. Concluida la misa, mi madre permanecía rezando á la Dolorosa bastante rato. Yo me cansaba de contar los altares, los santos y las esquilas, y mi madre no se cansaba de sus piadosas plegarias. Un dia me enfadé y la digo: «cuánto tiene V. que hablar con esa Santa? Qué es lo que V. la dice?»—La digo que mire por tí y que te dirija por camino de salvación; respondió mi madre dándome un beso.

—En esto volvió á entrar la buena anciana y la pregunté: qué ha pedido V. á nuestra Señora de los Dolores esta tarde?

—Qué quiere V. que la haya pedido! que conduzca á mi Angela por camino de salvación.

—Qué coincidencia de sentimientos entre nuestras madres! dijo Angela. ¿pudieras explicármela?

—No me parece imposible: cuando los años y la experiencia hacen conocer á las madres los límites de su amor, conciben la necesidad de una ley de maternidad,

mucho más estensa y poderosa; una ley que se extiende á todos los hijos, que deben ser hermanos, que deben tener una madre común, de quien ellas han sido la encarnación de un día. Por si no me has entendido, voy á referirte una observación que ha pocos años hice en el humilde hogar de mis padres. Iba á despedirme de ellos á la salida de mi pueblo para mi primer destino. Los encontré sentados á la chimenea, encorvados por los trabajos y los años, tristes, silenciosos é indiferentes como deja la vejez á casi todos los humanos. Comparaba yo en secreto esta despedida fría al parecer con las de mis primeros años de universidad, tan entrañables y alegres. Es posible, me decía, que el corazón humano envejezca con los órganos corporales? Un dicho de mi padre me sacó de dudas: ¡Dios quiera, hijo mío, que se consolide un Gobierno y que atienda á los hombres de bien, porque entonces no serás desatendido! Y se le saltaron las lágrimas. Sabes, Angela, lo que significaban? Que el amor paternal había cambiado de asilo, se había refugiado en facultades más intelectuales menos espuestas por lo mismo á las ruinas materiales. Era un amor más puro, y por lo mismo más fuerte; un amor que apelaba al derecho, porque sin él no podía ya sostenerse. Han dicho algunos que las afecciones de los viejos son pálidas reminiscencias de la vida pasada; mejor dicho está, que son un amor más generalizador, la expresión de la necesidad de una vida más perfecta. Mas para fundar este derecho, á quien tienen que encomendar los objetos de su cariño, hay que remover mucha materia bruta y sus órganos físicos, sus débiles brazos, son impotentes. El conocimiento del mundo y de sus iniquidades, que desde ningún punto se perciben mejor que desde la cumbre de la vida, los hacen saltar desde este mundo al de la religión, al de la verdad. Por esto, la despedida de mi madre fué: «adios hijo, pediré á nuestra Señora de los Dolores que sea tu madre en todas partes donde vayas.» Quiso decir: la vida está cubierta de una atmósfera de amor por todas partes: cierta suavidad mater-

nal difunde la madre de los humanos, y á esta pediré que te conserve siempre bajo el techo maternal de las mismas afecciones. Estos pensamientos fueron, Angela, los que me embargaron en misa, escitados por la Dolorosa que me hizo pensar en mi madre y en todo lo que te he referido. Pasé un rato de pura consolación, bien ageno por cierto de la agitación que me esperaba...

—Qué dices? Soy yo quien te ha hecho bajar de esas regiones de la filosofía tan consoladora de suyo? Soy yo quien te ha agitado?

—No eres tu sola, ni yo solo lo soy; lo somos ambos: tampoco está bien dicho: lo es cierta afinidad que hay entre nuestras almas; una afinidad incomprendible... Que se yo, un misterio... Júpiter, decía Homero, hace llamar á nuestras puertas á los extranjeros y á los pobres... Otro misterio, Angela: misterios por todas partes...

—Es decir, que te pesa haberme conocido?

—Qué dices? Mira, Angela: no se entusiasmó tanto Pytagoras cuando sacrificó una hecatombe por haber descubierto una verdad matemática; no se entusiasmó tanto Arquímedes por un igual descubrimiento; ni Platon gozaba tanto cuando contemplaba lo bello y lo bueno en su pura esencia; como yo he gozado, como yo me he entusiasmado con el descubrimiento de Angela...—Dige estas palabras, querido mío, con tal vehemencia, que Angela se sobrecogió é hincó la cabeza entre sus dos manos y quedó largo rato silenciosa.

—Conozco, dijo después, que estás agitado: temblaría por tí; temblaría por mí, temblaría por ambos, si no tuviéramos los dos tantos recursos intelectuales.

—Ay Angela! El corazón y la cabeza no obedecen á las mismas influencias: por más que tratemos de conciliarlos, estos dos resortes de la vida, conservan una acción independiente y divergente las más veces. Bien sabes, lo que decía Ovidio y después han repetido cuantos han estudiado al hombre: veo lo mejor, lo conozco y lo palpo y tras de lo peor me

marcho. Añade á este achaque de nuestra naturaleza, querida Angela, añade la consideracion de que hay organizaciones en las que predomina el sentimiento, como hay otras en las que predomina el cálculo. En aquellas bulle siempre un ideal, que toda la realidad no puede satisfacer nunca. Las otras se contentan con sus cálculos y sus ganancias, con sus tesoros exteriores y con su miseria interna. Nosotros somos ambos de aquella primera progenie, doble razon para que no podamos vencer ese afecto, por no darle otro nombre, que siento ya circular por todas mis arterias y...

—No prosigas; estás afectado y me conmueves. Piensas acaso que no puede haber una fusion entre el corazon y la inteligencia? Piensas que no hay medios de armonizarlos?

—Dónde están esos medios? Qué fusion es esa?

—Yo te la explicaré un dia. No te olvides de que me has prometido tu confesion y que no podias hacerla hasta despues de un detenido exámen de conciencia. Haz primero este exámen, y si le añades un verdadero arrepentimiento...

—Qué quieres pedir á ese arrepentimiento?

—Lo que él dé de sí solamente. Conviene que oigas á Dionisia: acaso te convenza haciéndote reir: no sabes lo que es Dionisia. Dejemos esta cuestion por ahora: quieres que invitemos á mi madre y salgamos á dar un paseo á la fuente de los naranjos?

—Sí: vamos.

Querido, me tienes otra vez en la calle mas mareado que esta mañana. En qué vendrá á parar esto? Me estaria bien un granito de emético? Adios, querido, que Dios es el punto de cita donde nos reuniremos todos.

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

El Conde de Aranda.

D. Pedro Pablo Abarca y Bolea: nació

en 1719 en Sitamo, pueblecillo junto á Huesca. Se distinguió desde la infancia por lo fogoso de su caracter y lo enérgico de su voluntad. Peleó briosamente en Italia mandando el regimiento inmemorial de Castilla; herido en la accion de Campo Santo, permaneció todo un dia entre los cadáveres; fué ascendido á Brigadier, y contribuyó mucho al éxito de la campaña de 1745, recibiendo á poco la faja de Mariscal de Campo. En 1762 dirigió la guerra contra Portugal, y aunque tuviese que ceder ante las maniobras del general ingles Lippe, no por eso sufrió menoscabo su crédito: lejos de ello el monarca le elevó á la categoria de Capitan general, y dió señalados testimonios de confianza. Entre tanto habia desempeñado muchos y delicados cargos diplomáticos, relacionándose con los filósofos y hombres mas notables. La caida de Squilace le llevó á la presidencia del Consejo de Castilla, y allí entre otros grandes servicios, preparó con Roda, Campomanes y Moñino, el golpe de estado que arrojó en una misma hora á los Jesuitas «por justas causas que S. M. reservaba en su real ánimo.» Animado con este gran triunfo, llevó adelante otras interesantes reformas. Grimaldi se hizo centro de los descontentos, y por fin Aranda tuvo que ceder en la lucha dimitiendo sus cargos. Fué sin embargo nombrado Embajador de Francia: años despues tuvo ante Carlos IV un ágrio debate con su favorito Godoy, por lo cual fué desterrado y encausado, y falleció el 15 de Setiembre de 1794.

Su Retrato se publicó en el número anterior.

A. G.

LICEO DE SAN ELOY.—En la noche del Viernes se representó la comedia, *Honra y Provecho*; en cuyo desempeño brilló la Srita Renau: la Srita Villaluenga leyó con sentido tono una bellísima Poesía; y en un Duo de Violin y Piano el Sr. Damas, dignamente secundado por el joven la Rua, lució su consumada maestría: por fin una Aria de Roberto el Diablo y unos Coros de los Lombardos, terminaron agradablemente la funcion.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,
Calle de la Rua, número 25.